



LITERATURA — CIENCIAS — ARTES

AÑO I

§ Barcelona 28 Julio de 1890 §

NÚM. 7

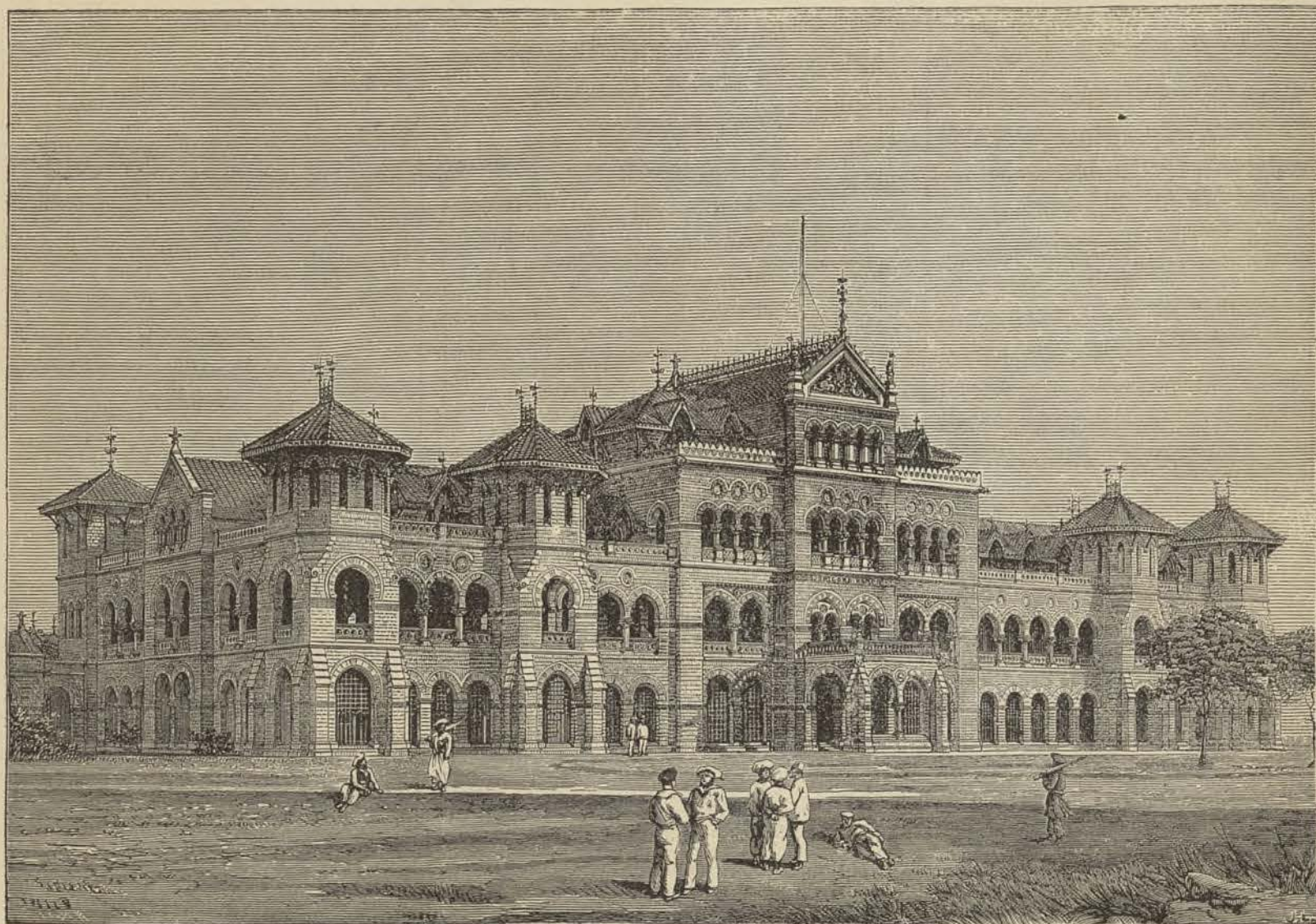
REVISTA GENERAL

El actual cuadro del mundo no presenta ningún rasgo extraordinario que modifique la situación de algún tiempo á esta parte constituida. Atravesamos un período sintomático; lo esencial de la vida po-

lítica y económica de los pueblos elabora en las entrañas sociales una modificación, cuyo carácter hoy es indefinible.

Dirigiendo más allá de los mares nuestra mirada, vemos la imponente revolución efectuada en la República de Buenos Aires, por una inmensa muchedumbre de ciudadanos, que levantaron la bandera

de la moralidad contra las corrupciones del gobierno del presidente Juárez. Por más que la República argentina esté levantada sobre la anchísima base del espíritu democrático, y exenta, por lo tanto, de todo sabor, de lo que en Europa es tradicional, basta que sea república de hombres para presentarse infeccionada de todos los defectos y enferme-



CASINO DE LA MARINA, EN BOMBAY (DE FOTOGRAFÍA.)

dades propias é inherentes á nuestra raza. Los abusos del poder y las exasperaciones de las masas son allí tan pronunciadas como en los regimenes absolutos; y evidenciado está una vez más, que así puede abusarse de la libertad como de la monarquía; que hay una inmoralidad democrática así como puede haberla monárquica.

Sin que concedamos ser del todo punto verdadero y exacto el capítulo de culpas y el proceso fiscal formulados por los revolucionarios de Buenos Aires contra el Gobierno de su país, es indiscutible que éste no ha acertado á satisfacer las aspiraciones nacionales y que la marcha general de los negocios dista mucho de la prosperidad.

Está demostrado, pues, que con sufragio universal, con jurado popular, con libertad absoluta de conciencia, de cultos, de enseñanza, de imprenta, de manifestaciones, y con todo esto condensado en una forma republicana indiscutible, el pueblo puede estar descontento; y el descontento del pueblo puede traducirse en hechos tan ruidosos y sangrien-

tos como los verificados en la capital de la República argentina en el último tercio del próximo pasado julio.

Y que el descontento que causó arroyos de sangre era general en aquel desventurado pueblo, dedúcese claramente del carácter de los que estuvieron al frente de la insurrección. Las personas que la dieron forma, fueron: Allem, jefe del partido republicano liberal; Goyena, jefe del partido católico, y Valle, jefe de la francmasonería. La línea no puede ser más extensa, pues abarca desde el ultraliberalismo hasta al moderantismo extremo.

La revolución, vencida en el campo de la fuerza, vive vigorosa en los sentimientos y aspiraciones populares. El programa de la protesta está impreso en el espíritu público, que ve en el Gobierno todo lo que antes veía y además la dictadura con que se ha abroquelado, velando la estatua de la ley y declarando suspendidas todas las libertades esenciales en una república democrática como aquella.

La moral y la virtud son las únicas fuentes de la prosperidad de las naciones, y cuando de ellas están privados los pueblos y sus gobiernos, todas las formas políticas se corrompen. Las instituciones son todas maleables.

En este período de desasosiego político en Europa, parece que Dios se empeña en suscitar hechos elocuentes en América para que aprendamos a desconfiar en los éxitos de los cambios radicales en nuestro modo de ser político.

Ya antes que en Buenos Aires, empezaron reñida disidencia, que pronto fué lucha sin piedad, dos otras repúblicas sudamericanas. San Salvador y Guatemala se hallan en guerra una contra otra, y la causa del desastroso litigio versa sobre si han de confederarse las cinco repúblicas, bajo alternativa presidencial, ó cada una de ellas seguirá conservando su absoluta autonomía. De modo que mientras en algunas regiones de Europa trabajase para deshacer las grandes colectividades transformándolas en pequeñas agrupaciones federales, las pequeñas repúblicas de América, cansadas de su carácter micróbico, tienden á la concentración e idean un imperio republicano.

La humanidad enferma busca continuamente el alivio en el cambio de posiciones; pero, cualquiera que sea la posición que tome, duelele los sufrimientos procedentes de sus vicios naturales. No busca el remedio en el saneamiento de su atmósfera moral.

La reciente República del Brasil, sacudido ya el trono y quebrado el cetro, empieza á sentir las dificultades engendradas por la dictadura, y los regocijos del primer momento están sustituidos por la ansiedad de los que sólo pretenden encontrar en los poderes, fuertes garantías de tranquilidad y de trabajo. Los períodos constituyentes son fecundos en espigas, y los pueblos no acostumbrados á la libertad son tardíos en saber emplearla.

Tal es el cuadro que hoy ofrece el sud de América.

En Europa es objeto de especial atención el movimiento continuo del emperador de Alemania. Quizá es el ejemplar más activo que presenta el mundo de los soberanos de muchos siglos á esta parte. Después de haber visitado Italia y Austria, Rusia, la Servia, Turquía, acaba de visitar la Bélgica y de abrazar y ser abrazado por Leopoldo II, y ya se anuncia para tiempo no lejano su visita á España, y hasta tiente el pulso de la Francia, con significativas indirectas para sondear el espíritu público y conocer si una visita á París sería interpretada como expresión de un sentimiento de paz y buena voluntad.

Todo es posible en nuestro tiempo y con el carácter personal del emperador; pero el espíritu de los pueblos, mucho más digno que el temperamento de los políticos, conserva más profundamente las heridas que recibió; los afectos son en él duraderos, y mientras la Alsacia y la Lorena pertenecan al imperio alemán, la presencia del emperador en París habrá de ser penosa para el visitante y los visitados. Guillermo III no será más que tolerado en Francia; y si acaso oyera alguna ovación, llevaría tan marcado el sello de la imposición y de la oficiosidad, que redundaría en mayor elocuencia del desprecio y el dolor que vería pintado en el rostro del digno pueblo francés. Pero, aun así, cabe en lo posible que veamos esta descomunal aventura del arriesgado soberano.

En Italia se ahonda la divergencia entre la situación Crispi y las aspiraciones de la nación. Nunca los católicos sentirán benevolencia hacia el más sutil enemigo de la Iglesia y de su Pontificado. Crispi encierra la oposición sistemática y sagaz á la restauración de la moral católica en Italia y desde el poder dirige con talento la política visible y la invisible, la nación y el club. Tiene la audacia de Cavour sin su generosidad; es mucho menos italiano y mucho más sectario.

También descontenta á los patriotas ardientes por su carácter gubernamental y por la alianza contraria con el Austria, en quien siempre los alborotados verán al detentor del Tirol y del Trientino.

Cuando una sacudida incontrarrestable derribará á Crispi de su altura, entonces empezarán para Italia las serias complicaciones, y puede que á ésta se le vuelvan amargos los dulces frutos que se prometió cosechar de la alianza con el Austria y Alemania.

Algunas regiones de España, como Andalucía y Cataluña se han visto afligidas por una nueva é imponente huelga de trabajadores, ramificación de la no bien solventada que tuvo lugar en 1.º del último mayo.

En Cataluña la huelga de mayo fué más bien que acabada suspendida, mediante estipulaciones y pactos parciales y por períodos cortos, especies de *pagarés* firmados en favor de los trabajadores, que les facilitaban reproducir en su día antiguas y nuevas quejas.

Los fabricantes de Manresa, íntimamente asociados, quisieron librarse de la intervención en sus fábricas que les imponía el directorio de la sociedad ó federación de las tres clases de vapor, y despidieron á algunos de los jefes de aquella, que, según parece, no eran los más asiduos, ni los más inteligentes en industria. De ahí la huelga general en Manresa y pronto propagada en toda aquella región y más tarde á la capital.

La energía, dentro de la ley, desplegada por las autoridades superiores del antiguo Principado hizo comprender á los elementos perturbadores que la huelga entrañaba, y que indudablemente venían instigados por intereses extranjeros, que no les sería dado efectuar sus planes trastornadores. Reducida la huelga al círculo de los honrados obreros obtuvo solución más rápida de lo que podía esperarse, y hoy, felizmente terminada, se abre para Cataluña otro período de laboriosidad provechosa para todos.

EDUARDO M.ª VILARRASA



NUESTROS GRABADOS

Casino de la Marina.

Uno de los edificios más importantes de Bombay es sin disputa alguna el magnífico Casino de la Marina, construido con arreglo al proyecto del reputado arquitecto F. W. Stevens, no perdonándose medio alguno para su pronta ejecución, y habiéndose apresurado la terminación del mismo, con motivo de la visita que hizo á Bombay el gran Duque de Edimburgo, cuando su viaje á la India, época y ocasión, en que tuvo lugar la inauguración de dicho círculo, que además de ser el punto obligado de reunión de los marinos, lo es también de recepción de la alta clase social de la población, en las distintas fiestas que motivan la repetida apertura de sus extensos y magníficos salones.

El coste total de la obra se elevó á la respetable suma de 700,000 pesetas, que unida á los gastos de decorado y mueblaje, bien se puede asegurar que pasa de un millón de pesetas la cantidad gastada en la creación de tan importante punto de reunión.

Francisco Pizarro excita á sus compañeros á emprender la conquista del Perú.

En el año 1526, Francisco Pizarro, asociado á Diego de Almagro y á Fernando de Luque, concibió el proyecto de hacer una expedición al Perú: un solo navio y 112 hombres de tripulación eran toda la fuerza con que el aventurero extremeño se dirigió por el golfo de Panamá hacia el Sur, á conquistar el mayor y más poblado imperio del mundo.

Después de muchas penalidades y en un instante de desaliento, cuando sus abatidos soldados volvían la mirada hacia Panamá que era para ellos la patria, tuvo Francisco Pizarro el brillante arranque de genio que cuenta de este modo el cronista Montesinos: «Tiró de su espada y trazando con ella una línea en la arena de *Este á Oeste*, y volviendo hacia el *Sur*, dijo:—Camaradas y amigos: esta parte, es la de la muerte, de los trabajos, de las hambres, de la desnudez, de los aguaceros y desamparos; la otra, la de las riquezas. Por aquí, se va á Panamá á ser pobres; por allá, al Perú á ser ricos. Escoja el que fuere buen castellano lo que más le conviniere.»

La Historia afirma que ninguno de aquellos soldados abandonó á su intrépido caudillo.

Este heroico incidente fué realmente el primer paso decisivo para la conquista del Perú.

El grabado que representa esta escena, está copiado del cuadro del laureado pintor D. Angel Lizcano, por D. Eugenio Alós.

Saint John de Nueva Brunswick.

Es necesario no confundir á San Juan de Nueva Brunswick, situado en la desembocadura del río del mismo nombre en la bahía de Fundy con la Nueva Brunswick de los Estados Unidos en Nueva-Jersey á 50 kilómetros al NO. de Nueva-York, ni con San Juan de New-found-land.

Forma parte de uno de los gobiernos de la Nueva-Bre-taña en la América Septentrional, los cuales á su vez formaban parte de la Acadia cuando fué separada de la Francia por el tratado de 1763.

Dicha ciudad, muy bien situada para el comercio marítimo de aquella región, vió destruidos sus principales edificios en junio de 1877, por un incendio que iniciándose en casa del conocido hombre público M. Langhlin, tomó gran incremento corriendo al fuerte Noroeste, y cuya rápida acción destruyó en un momento la Academia de música, el Liceo, la casa de Correos, los hoteles Victoria y Real, los bancos Marítimo, Nueva-Escocia, Nueva-Brunswick y otros, en una palabra, sólo se salvó el banco Brigittish North American.

Sufrieron muchísimo además un gran número de edificios cuya designación sería prolija. Bastará con decir que el pánico fué inmenso, temiéndose que la actividad que iba tomando el incendio, llegase á destruir la población entera; hubo que apelar á grandísimos trabajos de aislamiento para cortar el desastroso empuje del voraz elemento; el fuego llegó á ser tan intenso, que habiendo principiado á las dos de la tarde, iluminaba la ciudad por la noche, como si el astro del día estuviese todavía en su cenit.

Las principales calles de la población son las del Príncipe Guillermo, Princesa, Duque Dock, plaza del Mercado, Agua del Rey, Germain y plaza del Rey.

La pastorcilla.

Dürck nos dá con el dibujo de la página 54 la interesante figura de una pastorcilla, descansando de su fatigosa tarea después de haber recogido por el camino al mismo tiempo que apacentaba el ganado, una de esas ramas olorosas de la montaña, cuyo perfume hace las delicias de su descanso.

Corrección de líneas, belleza de pensamiento, forma estética, fisonomía graciosa de ojos soñadores, todo lo ha reunido Dürck en la cima de un montecillo, para hacernos recordar los tiempos arcadianos, cuyas costumbres sencillas anhela el alma, y cuya poética ficción nos hace exclamar más de una vez con Cervantes «lástima grande que no sea verdad tanta belleza»....!

Jugando al dominó.

La partida de dominó constituye una necesidad ineludible para ciertos aficionados, que creerían perdido el día en que no la echaran y cuyo mal humor sería insoportable faltándoles esa distracción, que algunas veces es motivo de disputa y acaloramiento por si el compañero ha puesto un cinco en vez de un cuatro, ó un as en lugar de un tres y si el otro debía ó no haber doblado, cuando se juega entre cuatro.

Cuando se juega mano á mano ó entre dos, ya es distinto, ya no hay más disputa que la del amor propio llevado á la exageración y maldecir de la suerte que favoreció continuamente con mejor juego al contrario ó ganancioso y la exuberante satisfacción de éste creyéndose invencible y gran matemático, puesto que de antemano prejugaba la victoria, poseyendo como posee la ciencia de adivinar la ficha que forzosamente ha de venir, para que su combinación resulte victoriosa.

En la lámina de la página 56 está tratado dicho asunto magistralmente, notándose al primer golpe de vista quién es el victorioso y quién el desgraciado.

El día de Navidad en Inglaterra.

(Lámina 7.ª del ALBUM DEL UNIVERSO ILUSTRADO).

La fiesta de familia que representa la lámina 7.ª que con este número repartimos á nuestros suscriptores, es la tan conocida y tradicional leyenda del *anillo de oro* que el día de Navidad cada familia inglesa (mayormente si formaban parte de ella niñas casaderas) no dejaba de practicar jamás, antiguamente.

En la actualidad subsiste todavía en algunos pueblecillos y aldeas, pero en las capitales ha quedado reducida á engalanar las habitaciones con ramos de flores descolgando un centro formado por un gran ramillete sobre una mesa, llevando el anillo nupcial la flor principal que corta el prometido para ofrecerla á su futura, al propio tiempo que pide permiso á los padres para colocarle el anillo en el dedo anular de la mano derecha, ceremonia que termina con el tradicional ósculo de amor, garantía de la palabra empeñada para el siguiente año, ó para un día no lejano.

La citada lámina representa la costumbre antigua; el jefe de la casa presenta á un joven cazador á sus hijas, la mayor de las cuales es su prometida, y cogiendo el ramo principal que era costumbre pendiese en el centro de la habitación, invita á las jóvenes á que se coloquen debajo de él para que caiga el simbólico anillo de oro encima de la cabeza de la niña, si merece la felicidad que pretende el mancebo, y á éste que practique la ceremonia del beso de unión ó de compromiso formal.

La reproducción de dicha lámina se debe al lápiz del malogrado joven Carlos Labiélle fallecido apenas terminada la misma á la temprana edad de 37 años. ¡Dios lo acoja en su seno!

LA JORNADA DE OCHO HORAS

VI Y ÚLTIMO

Si en vez de artículos para el UNIVERSO ILUSTRADO escribiéramos un libro en que nos propusiésemos desarrollar en todas sus fases la batallona cuestión que dió margen á las huelgas de 1.º de mayo, en-

tráramos en pormenores y observaciones que hoy debemos pasar por alto, en obsequio á la brevedad.

Con el presente artículo nos proponemos cerrar la serie que hemos presentado á nuestros lectores, haciendo votos para que otros estudien técnicamente la cuestión de las horas de trabajo, y desarrollen en toda su plenitud, algunos de los problemas que nosotros hemos indicado solamente.

Para finalizar nuestra tarea, nos permitiremos algunas consideraciones que resuman nuestro pensamiento sobre el particular.

La cuestión de la *jornada de ocho horas* se complica: días de amargura y de horrible desengaño aguardan á la clase obrera, por la sencilla razón de que defiende una causa injusta, causa que no tiene en su apoyo la menor razón sólida, el menor de los derechos, el más leve sentimiento de humanidad. Y sabido es que el defensor de toda causa injusta podrá producir trastornos, inquietudes, miserias y desgracias; pero al fin ha de sorprenderle la más aflictiva decepción.

Decimos que esta causa no tiene de su parte siquiera el más leve sentimiento de humanidad, porque todo el mundo sabe que no es ningún sacrificio para la clase obrera, en general, una jornada que pase de las ocho horas que en absoluto pide sin distinción de artes, ni oficios, ni industrias.

Alegan los obreros que así tendrían el tiempo su-

modidades y atender á varias exigencias de la vida que, en general, ahora tiene que desatender. De ahí su perenne malestar.

Por otra parte, no pudiendo ó no queriendo hacer el ahorro que podría emanciparla, prefiere la clase obrera malversar las cantidades que paulatinamente va escatimando del dinero que percibe, para consagrarlo á las huelgas, creyendo que así hace la guerra al capital, cuando lo que realmente hace es desarmarse por completo ante el que considera su enemigo. En el caso de huelga, el capitalista y el industrial podrán perjudicarse, podrán tener pérdidas de consideración, dejando de ganar el interés que para su capital ambicionan; pero el obrero consume en pocos días, lo que ha ahorrado en muchos meses, y se encuentra pronto sumido en la miseria, después de apurar hasta las heces todo el cáliz de la amargura, hasta que por fin el hambre y el llanto de sus hijos ó el de su esposa le obligan á ceder.

Asombra y anonada calcular la inmensa suma de millones, que la clase obrera ha malversado en las huelgas; miles de millones que sin enriquecer á nadie, ó mejor dicho, empobreciendo á todos, porque se han de considerar como cantidades negativas, hubieran podido aumentar sus medios de resistencia, empleándolos en otra forma más lógica ó racional.

Sin embargo, considerados iguales desde el último oficial obrero hasta el que por su inteligencia y dotes alcance el cargo de director, y revestidos todos los socios operarios con idénticos derechos, con voz y voto para todas las discusiones de interés general, es imposible toda sociedad de esta índole, por efecto de la mísera condición humana. Todos somos más sabios, más dignos, más aptos, más activos é inteligentes, cuando nos comparamos con otro; y de ahí las envidias, las pasiones, cuando vemos que un igual nuestro se eleva sobre nosotros, ó hace prevalecer su opinión contra la nuestra, ó nos rebate victoriosamente delante de nuestros compañeros.

En definitiva, si los miles de millones que los obreros de todos los países han malversado en las huelgas, ó en mantener á los que defienden sus derechos, se hubiesen invertido colectiva ó privadamente en aliviar su suerte, otra sería quizás la condición de la clase obrera. Probablemente gozaría de mayores comodidades y no sentiría en su corazón el disgusto, los rencores y odios que engendra siempre una lucha tan pertinaz contra el capital, en la que ha llevado y llevará constantemente la peor parte, porque esgrime las armas más inútiles para alcanzar la victoria: empeña la batalla con el capital, y lo primero que hace es tirar el capital que tiene, y que es lo único que en tal lucha podría hacerle triunfar. Así, el obrero en tales luchas, se expone á todos



FRANCISCO PIZARRO, ESCITA Á SUS COMPAÑEROS Á EMPRENDER LA CONQUISTA DEL PERÚ.

ficiente para instruirse; y les replican los que opinan contra ellos, que así tendrían sobrado tiempo para entregarse á la ociosidad, que es la madre de todos los vicios; y nadie cree que realmente el obrero emplease cuatro ó seis horas diarias que á lo menos le sobrarían, en el estudio ó simplemente en la lectura. Lo más que podría suceder, fuera que el ignorante ó escaso de instrucción, se consagrara por algún tiempo á completar la enseñanza elemental que le faltase, y alguno que otro se dedicara á estudios particulares, que le conviniesen para su arte especial. Pero una vez en posesión de los conocimientos que el obrero tuviese la paciencia de adquirir, de suponer es lógicamente que no se ocuparía ya de los estudios. Y ¿qué haría entonces del sobrante de horas, que no tendría en qué emplear? Dejemos las respuestas que aquí pueden hacerse, á la discreta consideración de nuestros lectores.

Entre tanto, el obrero, para lograr su objeto, apela al sistema de las huelgas, lo cual es el absurdo más enorme que se le podría ocurrir, toda vez que siempre le ha dado y por fuerza debe darle, efectos contraproducentes. Veámoslo. Lo único que en el estado actual de cosas y mientras la sociedad no disponga de otros medios, puede emancipar dignamente al obrero y darle una vida más llevadera, es el ahorro y la libertad que origina el llamado derecho al trabajo. Con el ahorro, el operario al cabo de algunos años podría proporcionarse ciertas co-

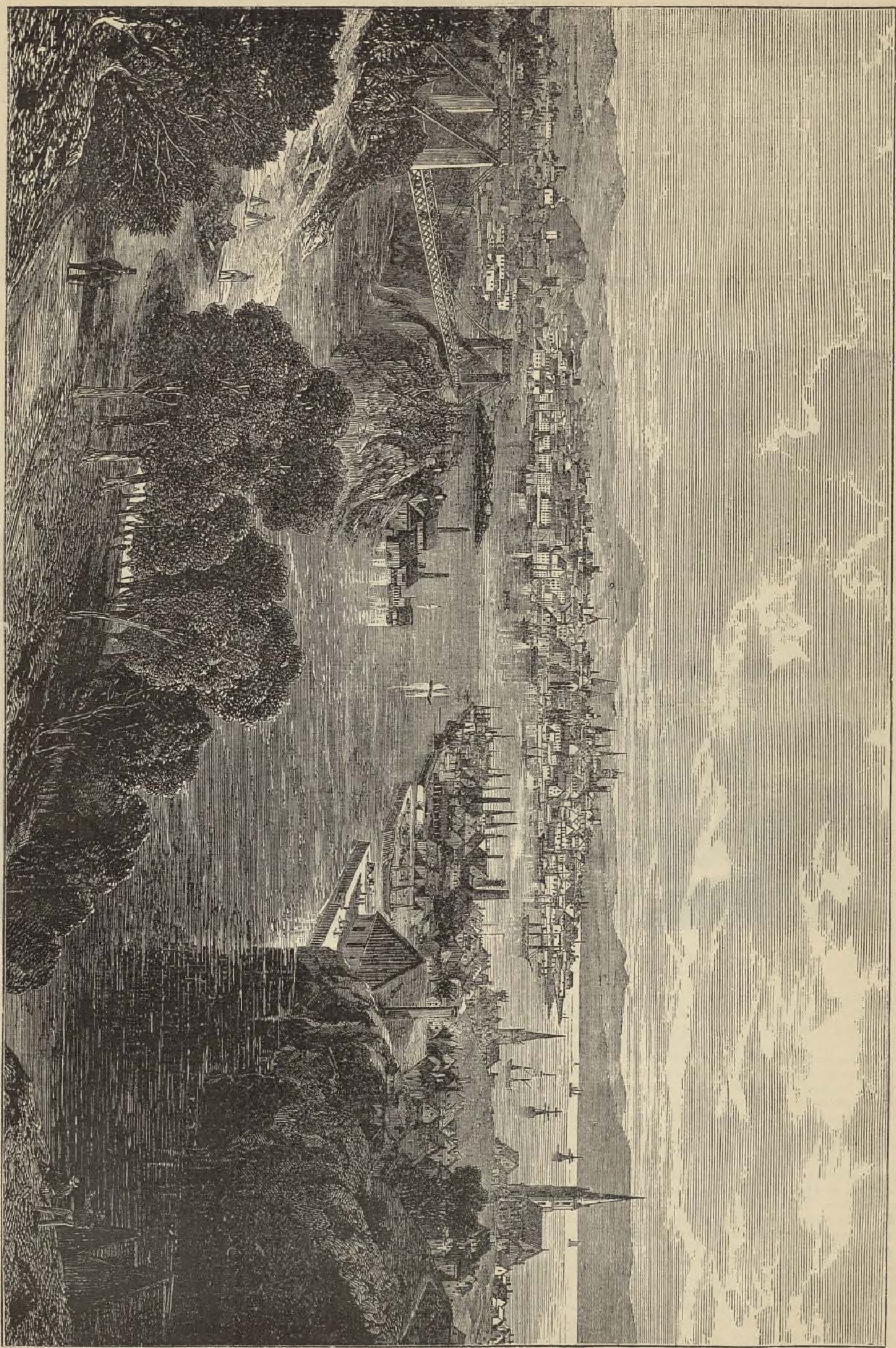
Haciendo un cálculo aproximado de los capitales que se han derrochado en huelgas únicamente en Cataluña, durante el transcurso de los últimos veinte años, asciende la suma á más de 400 millones de reales, sin contar las cantidades que han entregado las mujeres obreras, lo cual tal vez aumentaría la suma hasta más allá de 600 millones.

¿Cuántos talleres, cuántas fábricas, cuántas industrias pequeñas, podrían haberse instalado en las cuatro provincias catalanas, con esta enorme suma! Nos replicarían muchos obreros, que el sistema cooperativo nunca en la práctica ha dado buenos resultados, salvo en algunos países extranjeros. Y en efecto, todos los talleres cooperativos en que los operarios hayan sido admitidos bajo un pie de igualdad, se han perdido miserablemente por la misma razón que hoy hace imposible y absurda la igualdad en la jornada de ocho horas, por cuanto esa igualdad quita todo estímulo, mata toda autoridad, y neutraliza toda dirección ó jefatura.

Pero ¿qué necesidad hay de formar sociedades cooperativas, tan hermosas en teoría, tan desdichadas en la práctica, para emancipar á la clase obrera? Adóptese cualquiera de los sistemas conocidos, haciendo siempre que haya jefatura, dirección, estímulo con la recompensa proporcionada al trabajo, de modo, que el trabajador que gane como dos, cobre como dos, y se podrán instalar talleres y fábricas que llevarán la ventaja á los de los capitalistas.

los azares, á pecho descubierto, sufriendo el hambre y todas las privaciones, hasta que éstas le obligan á sucumbir; arrojando para colmo de aberración la mejor arma que tiene, el dinero que le representa los ahorros tal vez de años enteros. ¿Entre tanto si alguna brecha abre en la fortaleza del capital, ésta se repara sin dificultad, sin grave perjuicio del vencido, pero sin beneficio para el vencedor! Ambos enemigos pierden, mas al fin y al cabo todas las pérdidas van á recaer sobre el obrero, porque para nivelar el desequilibrio metálico que con una huelga se ha producido, se recurre á los arbitrios de siempre, arbitrios que se calculan á expensas de la clase más numerosa de la sociedad. Y lo malo es que siguiendo el mismo procedimiento, siempre se obtendrán los mismos resultados.

¿Podría suceder otra cosa? Los obreros creen que sí, y por ello, en medio de su desesperación, sueñan con horrores: tienen pesadillas espantosas que les aconsejan el exterminio, el incendio, la destrucción. Mas ¿á qué conduce todo esto? A nada más que al aumento de la miseria en general. Y además, si el obrero cree que con los estragos de la guerra ha de vencer, se engaña; primero, porque se hace la guerra á sí mismo, menguando la riqueza pública, por cuanto la riqueza de los particulares constituye la riqueza que nos hace vivir á todos; y segundo, porque el capitalista, que también tiene su amor propio y dignidad, para no ceder á la fuerza, puesto que

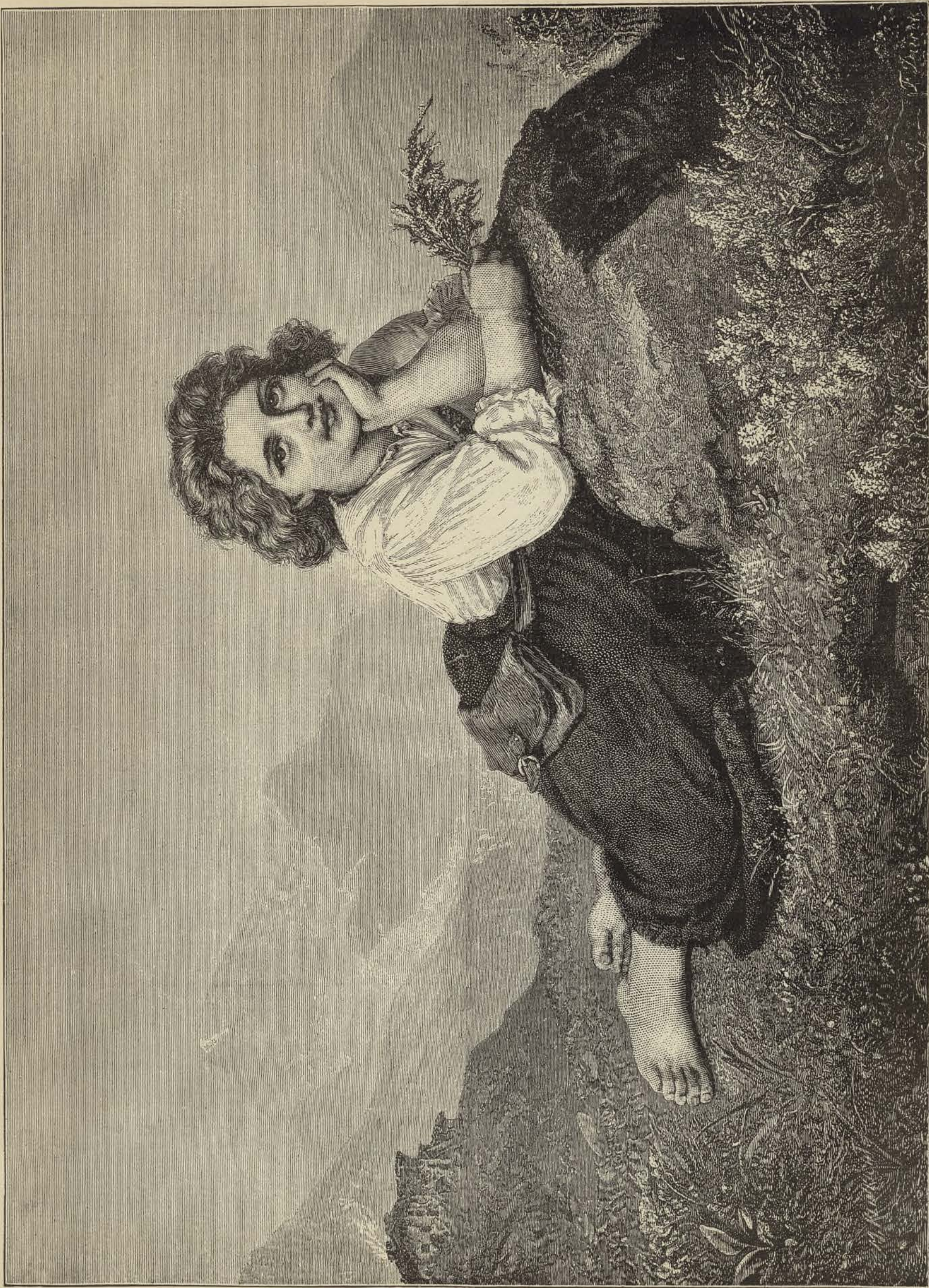


SAINT JOHN, EN NUEVA BRUNSWICH (DE FOTOGRAFÍA.)



Tip. lit. de F. Nacente, editor.

EL DIA DE NAVIDAD, FIESTA DE FAMILIA; cuadro de Hillingford



LA PASTORCILLA, POR F. DIVICK.

á la fuerza no cede nadie, tiene medios para procurar que en dicha guerra, no haya de ser el más perjudicado.

Supongamos por un momento, que el sistema del terror en que á veces sueñan elementos quizá heterogéneos de la clase obrera, y en que á ésta comprometen ó empeñan, diese el resultado que ella apetece, es decir, que el industrial tuviese que acceder á todas las pretensiones que los obreros manifestasen. Entonces sucedería que el capitalista renunciaría á su industria, se concretaría á vivir de su capital, ó lo emplearía en negocios que le diesen igualmente pingües ganancias y le evitasen las molestias de toda lucha social. En tal caso, ¿qué harían las nobles huestes del trabajo? Careciendo de los elementos para dedicarse á uno que les asegurase un salario, ¿cómo proporcionar á sus familias el alimento y la vida? ¿Apelando al crimen? ¡Nunca! La clase obrera, por más que se diga, tiene los sentimientos tan nobles como las demás clases de la sociedad; y el robo, el incendio y el asesinato, son únicamente productos de la barbarie, ó del infeliz que por educación ó por naturaleza, abriga instintos criminales. Los malvados no pertenecen á ninguna clase, por más que estén metidos en todas.

Nosotros quisiéramos que la condición de la clase obrera mejorase, no ya sólo porque es la más numerosa y de su mejora provendría una considerable suma de bienestar á toda la masa de la humanidad en general, sino porque lo merece. Es muy justo y digno que cuantos ganen el pan con el sudor de su frente, gocen de la vida en cuanto posible sea. Quédese la mala vida para los holgazanes y malvados, para los que desperdician las fuerzas é inteligencia que Dios les ha dado, ó las emplean para fines infames; pero el honrado obrero que cumple con todos sus deberes, que ama á su familia, respeta á sus iguales y acata á sus superiores; que desea instruirse, en la medida que á su esfera y capacidad corresponde, tiene tanto derecho á la vida, como el potentado; tiene derecho á la vida física y moral, no á la vida del vicio, del despilfarro, porque el vicio y el despilfarro perjudican á la humanidad en general, á la vez que empobrecen y matan al mismo que los practica.

Para mejorar las condiciones del obrero, los gobiernos han de estudiar los medios conducentes; y mientras ellos no los estudien y lleven á la práctica, procuren las corporaciones económicas, la Prensa, las inteligencias, introducir un poco de luz en el lóbrego y pavoroso caos de esa gran cuestión social; estudien con toda la voluntad y buena fe los problemas que se hallan planteados desde larga fecha, y proporcionen los mejores datos para averiguar de qué manera podrían establecerse en pro de todas las clases:

La ley del trabajo.

Los jurados mixtos, cuyos fallos tuviesen fuerza ejecutiva.

Socorros al inválido del trabajo, por ancianidad, ó por accidente desgraciado.

Las cajas de ahorro, que á la vez fuesen los bancos de crédito para el obrero agrícola ó industrial.

La educación y enseñanza para los obreros.

La facilidad de comunicaciones y transportes.

La creación de nuevas industrias productivas ó el fomento de otras agrícolas ó industriales mal desarrolladas.

La manera de estimular el invento de un pequeño motor económico.

Los medios de extender el consumo y avalorar la producción; abrir concursos, que sustituyan á las antiguas ferias; certámenes científicos, literarios y técnicos, que tengan por objeto ilustrar al obrero y mejorar sus condiciones morales y materiales; y en fin, todo aquello que tienda al objeto que dejamos indicado.

Si dejamos abandonada al obrero la solución del problema que á todos nos interesa por igual, difícilmente se obtendrá buen resultado; pues siendo aquél juez y parte en la cuestión, nunca puede concebirse como imparcial y justo.

F. NACENTE

EN LA PLAYA

(FANTASÍA)

A MI DISTINGUIDO AMIGO D. ANDRÉS RIPOL

Era una tarde de julio
bella, ardiente y perfumada,
tarde que al amor convida
y que el mismo amor soñara.

El cielo deshecho en luces,
en mil espumas la playa,
el claro sol, todo fuego,
y tierra y mar todo llamas,

En una imponente roca
que como inmensa atalaya
fabricó naturaleza
junto á una bella ensenada;
roca que lamen las olas
con sus láminas de plata
tejiendo vistosas blondas
y encajes de filigrana:
Roca, que encierra un abismo
do el mar irritado brama,
do anidan las gaviotas
y los pececitos saltan:

Una niña y un mancebo,
ricas en amor sus almas,
besando el sol sus cabezas
y el mar gimiendo á sus plantas,
con la tristeza en el pecho
y el desvelo en la mirada,
vacían sus corazones
en brazos de una esperanza.

Ella es la tierna doncella
que sólo en amar se afana,
bella flor de aquellas costas
y ondina de aquellas playas.

Su peregrina cabeza
por lo linda y delicada
parece una golondrina
que al abrir el pico, charla.

Sus lindos ojos azules
velados por las pestañas,
son dos astros en la tierra
que á Dios miran, que á Dios hablan.

Su boca es tierno capullo
que púdicos besos guarda,
do las mieles se deslizan
con sonrisas que embriagan.

Es un ramito de flores
bellas como perfumadas,
de cintura arriba, lirios,
de cintura abajo, dalias.

Y porque fuera un conjunto
de bellezas sobrehumanas
tiene por nombre, María,
estrella de la mañana.

Es el mancebo un marino
que como el mar tiene el alma,
hermoso como un Apolo,
de tez morena y tostada.

Su cuna rodó en la costa
entre conchas nacaradas;
los barcos fueron su lecho
y sus juegos las borrascas.

Es el hombre que navega
con alma valiente, osada,
que gusta de las tormentas,
que los peligros le exaltan,

que no ha conocido el miedo,
que le importuna la calma,
que admira el rayo en las nubes
le espera, navega y pasa

sin cuidarse de su suerte,
y puesta en Dios su esperanza.

Ella es un lago dormido,
él la mar que ruje y brama,
ella gaya flor del cielo
al pie de un volcán plantada.

Y por esa ley divina
que el débil al fuerte enlaza,
ella en él cifra su gloria,
y él con pasión la idolatra.

El mancebo en su navío
fija la ardiente mirada
y de pie junto á su bella,
con voz conmovida exclama:

—¡Adios! ¡la hora se acerca!
¡Adios! ¡el buque me llama!

¡No me olvides, que un marino
vive sólo de esperanzas!

Nadie como yo te adora,
nadie como yo te ama,

nadie como yo te anhela,
nadie como yo te ensila.

No exagero, vida mía,
que tan o te quiere el alma,

que, ansiosa de repetirlo,
entre mis labios resbala.

Sin ti, será mi existencia
triste desierto sin vallas

en medio de otro desierto
formado entre cielo y agua.

Nunca cierras, prendí mia,
los vidios de tu ventana,

nido de tiernos afectos
y templo de nuestras ansias,

que cuando tiñe la aurora
el cielo de ópalo y grana

y trueca la casta luna
el azul del mar en plata,

el murmullo de estas olas,
el perfume de estas auras,

te dirán que allá á lo lejos,
que allá de allá en lontananza,

donde el mar y el horizonte
forman tan solo una raya,

hay un alma que navega,
un corazón que te llama,

un espíritu de fuego
que busca el sol de su patria.

Que tan o en días serenos
y de voluptuosa calma,

como en las horas terribles
que el aquilón ruje y brama,

que el mar azota las nubes,

que el rayo los cielos rasga
y el buque solo, perdido
á merced de las borrascas,
cual juguete de las olas
que con las olas batalla,
el corazón de un marino:
su recuerdo te consagra,
pues tus amores le alientan
y tu memoria le salva.
No llores, púdica virgen,
no temas, prenda adorada,
no tiembles, tierna paloma,
no gimas, astro del alma,
que cuando feliz, tranquilo,
torne de nuevo á estas playas
para entregarte mi nombre
en el templo de mi patria,
tú serás seguro puerto,
tú serás grata ensenada
do sin tormentas ni escollos
repose tranquila el alma.—

Y suspira la doncella
con voz débil y apagada:

—¡Aquí te espera mi pecho!
¡Aquí el corazón te aguarda!

Viva, de pie en esta roca,
muerta, en la playa enterrada;
que en la vida y en la muerte,
serás mi única esperanza.—

Recoge la brisa, un beso,
un adiós mienten las auras,
el galán vuela á su buque,
queda en la roca su amada,

tiende la noche su velo,
y del mar la luna se alza;

un bajel deja la orilla....
y una niña arrodillada
en el alto promontorio,
eleva á Dios su plegaria.

FRANCISCO GRAS Y ELÍAS

CORAZONES DE ORO

NOVELA ORIGINAL

DE

D. FRANCISCO GRAS Y ELÍAS

I

Nubes en el cielo y luto en el alma.

Lasciate ogni speranza,
(DANTE.)



RA una fría y nebulosa tarde de marzo del año 1847, tarde sin sol, en que soplabla el viento de lo lindo, como en todas las de ese revuelto y antojadizo mes.

Un joven alto, pálido, con la chistera calada hasta las cejas y embozado con la capa madrileña, salió de una tienda de flores artificiales establecida en la concurrida y renombrada calle de Espoz y Mina y encaminó sus pasos á la Puerta del Sol, que, á pesar de la crudeza del tiempo, estaba como de costumbre llena de paseantes y de curiosos. Parecía que allí hubiese hecho alto la humanidad.

Desde el aprendiz á torero al grave y circunspecto senador del Reino y desde la descocada manola á la aristocrática dama, se admiraban en sus anchas aceras, formando un conjunto bello, abigarrado, decorativo, si se nos permite la palabra, y altamente nacional.

Era el Madrid de siempre.

El Madrid del Mentidero, el que murmuraba en las gradas de San Felipe, acerca de los amores reales de la Calderona, el que comentaba los trapicheos de Goya, el que lamentaba pocos años antes el suicidio de Larra.

El airoso sombrero flamenco había sido reemplazado por el sombrero de tres picos, como éste, por la antiartística chistera, como el tupido manto por el ridículo sombrero parisién, continuando el espíritu siendo el mismo á pesar de las exageraciones y caprichos de la moda.

Fernando, que este era el nombre de nuestro héroe, se llegó á un simón, que estaba de parada delante de la iglesia del Buen Suceso, en el sitio que hoy ocupa el café Imperial, el café más abigarrado de la corte, y dijo al cochero secamente:

—Abre y vámonos.

—¿Adónde, señorito? preguntó el auriga con verdaderas muestras de extrañeza y plantándose de un salto desde el pescante al suelo.

—A la sacramental de San Isidro, contestó el joven.

—¿Conoce V. la tarifa?

—Sí. Andando.

—Pues entonces....

—Abre y al avío.

El cochero obedeció.

Fernando acomodóse en el fondo del pesado y arqueológico carruaje, procurando evitar las miradas de los transeúntes, y dejó sobre el asiento un objeto envuelto cuidadosamente en un papel.

Fernando era un joven aragonés, de unos veinte y cuatro años, moreno de rostro, de fisonomía franca y expresiva, y dotado de ojos negros, tristes y brillantes.

En ellos se reflejaban los desvelos del alma y las vigiliat.

Vestía el traje de los jóvenes de su época, que era una transacción entre el romanticismo y la prosaica moda de nuestros días, que nada tiene de bella, de novelesca ni de elegante.

El joven con la cabeza entre las manos, exclamaba con verdadera pena:

—¡Dios mío, y para eso he venido á Madrid, abandonando mi pueblo y mi familia!...

El color del cielo, la aridez de la campiña, el sitio y la hora, guardaban verdadera armonía con el triste estado de su alma.

Todo vestía luto como ella.

El vehículo trazó una curva parándose delante del portal del cementerio.

Fernando enjugóse los ojos, recogió el objeto envuelto en el papel, echó pie á tierra, miró con lánguida y extraviada mirada aquel recinto de la muerte, y preguntó al portero, que grave y serio como sus vecinos los difuntos, paseábase por delante de aquel fúnebre recinto:

—¿La habitación del padre capellán?

—Allí tiene su despacho. Empuje V. aquella puerta, y dará con su persona.

El joven volvióse al cochero diciéndole:

—Espéreme en este sitio.

—¿Tardará mucho en salir, señorito?

—Lo ignoro. Me parece que dentro de una hora estaremos ya de vuelta.

Y diciendo esto, quitóse el sombrero, empujó la puerta y se encontró en el despacho del capellán.

Era ese un hombre regordete, de color sano y colorado, franco y bonachón como un aldeano, de cincuenta años bien cumplidos, aunque sólo aparentaba cuarenta.

El buen señor, sentado en un sillón de cuero y con la pluma de ganso en la diestra escribía, en un libro registro, donde se apuntaban los nombres de los difuntos y el sitio en que eran enterrados.

Fernando preguntó desde la puerta:

—¿Se da permiso?

—Adelante: contestó el sacerdote fijando los espejuelos en el joven y añadiendo:

—¿Qué se le ofrece?

—Desearía hacerle una pregunta.

—Sírvase tomar asiento, y veamos en qué puedo servirle.

Fernando murmuró un cumplido y exclamó:

—Señor, ayer tarde murió una joven que era un dechado de hermosura. Nos amábamos, de lejos, como suele decirse; su familia no tenía conocimiento de nuestras relaciones, y desearía, sin que nadie se enterase de ello, depositar esta humilde ofrenda en el nicho que se le tiene preparado.

Y al decir esto mostró una corona.

El sacerdote, fijó los ojos en el joven y sonrióse buenamente murmurando por lo bajo:

—En el recinto de la muerte, puede decirse que termina la historia del hombre, pero á veces principia su novela. ¡Pobre joven! no puede ocultar su pena; bien dijo el poeta: «¡que está lleno de sepulcros el corazón...!»

Fernando añadió:

—¿Hay inconveniente en ello, señor?

—Ninguno. Quedará V. complacido.

—¡Oh! ¡Cuánto se lo agradezco!

El capellán tiró del cordón de una campanilla, y poco después entró en el despacho un hombre pálido de viruelas, feo y repugnante, que vestía chaqueta negra, asomando en los bolsillos de sus pantalones unas herramientas.

Era un sepulturero.

—Aniceto, dijo el cura, este caballero te indicará el sitio en donde se ha de colocar esa corona.

—Señor, se apresuró á manifestar el joven, ignoro el número del nicho, pues aun no ha sido trasladada al cementerio la persona á quien va destinada; sólo puedo decirle que su triste entierro se verificará hoy. Sírvase V. leer este anuncio mortuario.

Y le entregó un número de un periódico.

El cura leyó el anuncio detenidamente, y devolviéndoselo murmuró:

—El entierro se verificará á las cuatro. Y fijando los ojos en un reloj de pared colocado entre dos mapas añadió: Dentro de media hora estará aquí. Aniceto, cuando todos los acompañantes se hayan retirado ponte á las órdenes de este caballero.

—¡Oh! gracias, gracias, señor. Asunción se lo agradecerá desde el cielo y yo eternamente desde la tierra.

Las lágrimas embargaron su voz, y llorando como un niño despidióse del capellán que le acompañó hasta la puerta.

Una vez fuera del despacho contempló el cementerio con sus cipreses con la punta vuelta al cielo, con sus adormideras rodeando cruces llenas de inscripciones, los artísticos mausoleos bañados por el último rayo del sol de la tarde, no oyéndose en derredor sino el gemido del viento perdiéndose por sus calles formadas por nichos, y exclamó con verdadero desconsuelo:

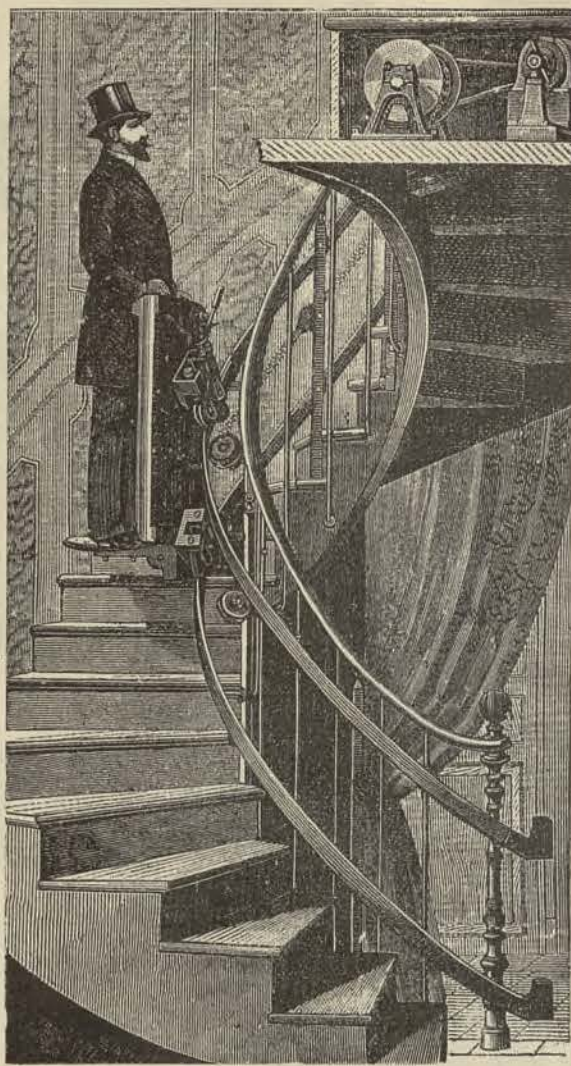
—¡Ahí el vacío y aquí el recuerdo!

Y llevóse la mano al corazón.

(Continuará).

TREPADOR DE ESCALERAS DE AMIOT

El aparato que representa la adjunta lámina, tiene por objeto evitar á las personas el cansancio de tener que subir una por una las gradas de una escalera que se hace siempre interminable si hay que ir á los últimos pisos de una de esas elevadas casas que en las ciudades populosas se tiene la costumbre de construir, más bien para mayor beneficio del propietario que para comodidad del inquilino pobre, cuya escasez de recursos le obliga á declararse habitante en las nubes.



TREPADOR DE ESCALERAS DE AMIOT.

La idea del inventor no ha sido la de reemplazar con su aparato los elevadores usuales, que tantas aplicaciones tienen; en principio no consiste sino en adaptar á las escaleras de una elevada casa de vecindad cualquiera, una plataforma movable, que permita el traslado de una persona, de un rellano á otro; siendo sus principales partes las siguientes:

1. Una guía que generalmente consiste en dos chapas de hierro, sostenidas de trecho en trecho por unas pequeñas columnas, y separadas del pasamano ascendente por un espacio como de cinco á seis centímetros.

2. La plataforma, consta de una parte vertical moviéndose sobre la chapa que sirve como de carril, y de otra horizontal sobre la cual se coloca en pie la persona que haya de trasladarse al rellano ó piso superior.

3. Un motor, que puede ser de cualquier sistema, hace funcionar la plataforma por medio de una cadena ó de un cable de alambre, pudiendo variar el modo de transmisión según las circunstancias, es decir, que el motor á que nos hemos referido, puede ejercer (sea el que sea) su acción directamente, ó por medio de un eje intermediario, que

comunique el movimiento á cada aparato en la dirección deseada.

En las grandes ciudades, Londres, París, Madrid, Barcelona, etc., donde puede obtenerse agua bajo presión en cualquier parte, y en las cuales no tardará mucho tiempo en poderse aplicar la electricidad á toda clase de máquinas y aparatos, puede determinarse el motor que sea más ventajoso, según las condiciones de cada caso.

Tampoco hay la exclusiva necesidad de que el aparato que nos ocupa, se adopte sólo en las grandes capitales, puesto que las demás poblaciones, muchas de ellas importantísimas, aunque no sean grandes centros de industria ó comercio, ni manufactureras, pueden de la misma manera tener necesidad de él, ó pueden aplicarle á sus casas para mayor comodidad de inquilinos y propietarios.

En las quintas, fábricas y casas de campo ó alquerías, aisladas, donde valga la pena de hacer la instalación, puede establecerse un depósito de agua á cierta altura para alimentar el motor que se le aplique.

El sistema puede adoptarse y aplicarse en todas partes, teniendo sólo en cuenta la cuestión de los gastos que es la única dificultad que habrá que vencer.

El aparato es independiente en cada tramo, funcionando de una manera aislada, de modo que mientras uno baja, el otro puede subir.

En la exposición de París donde se exhibió uno de esos aparatos, funcionaba con toda regularidad, siendo una de las novedades que más llamó la atención y mereciendo que algunas importantes casas lo hayan aplicado ya á sus edificios.

Se empleó en dicha instalación, como motor, un electro-dinamo del sistema Miot, el cual por medio de un tornillo sin fin, hacía girar un eje sobre al que iba montado un tambor alrededor del cual se envolvía la cadena de tracción.

La maniobra de dicho aparato es tan sencilla, que la subida, la bajada y la parada ó reposo, se efectúan á voluntad en una ú otra dirección de una pequeña palanca de conmutador que se halla en comunicación con la máquina por medio de un conductor flexible. Con el conmutador se puede invertir la corriente de la armadura. Como los inductores reciben siempre la corriente en el mismo sentido por una derivación especial, se puede hacer que el motor gire en una ú otra dirección para el ascenso ó para el descenso.

En la citada exposición sirvieron de conductores eléctricos unos alambres suspendidos en el aire, que unían la instalación del Sr. Amiot al pabellón de las máquinas que hacían funcionar el puente rodante. El Sr. Amiot hizo uso de la electricidad porque era más fácil colocar unos alambres, que una tubería necesaria para un motor hidráulico.

Sin embargo, lo más sencillo, esto es, lo menos costoso, es que en la mayoría de las instalaciones se use el agua bajo presión como fuerza motriz.

Utilizando la presión relativamente débil de las cañerías para el abastecimiento público, se podría, mediante una disposición especial, alimentar unos pequeños motores de alta presión, ocultos en una caja que en cada piso ó rellano de la escalera de cualquier casa, podría haber.

Dicho aparato de traslación ascensional, sólo puede sostener una persona; pero como hay uno en cada tramo de escalera funcionando con completa independencia de los demás, las personas pueden subir sucesivamente de un piso á otro, ó bajar, mientras suben ó bajan otras de los distintos pisos.

Las instalaciones que algunos propietarios han efectuado aprovechando las cañerías generales y los indicados pequeños motores de alta presión, están dando un excelente resultado. — C.

EL CALOR Y LA VIDA

¿Hasta qué grado de calor es posible la vida? He aquí una cuestión que interesa al problema de la existencia de la vida en los otros mundos. Hasta hoy las plantas susceptibles de soportar las más altas temperaturas, eran las sulfuríferas, que se desarrollan en las aguas termales á 61 grados centígrados.

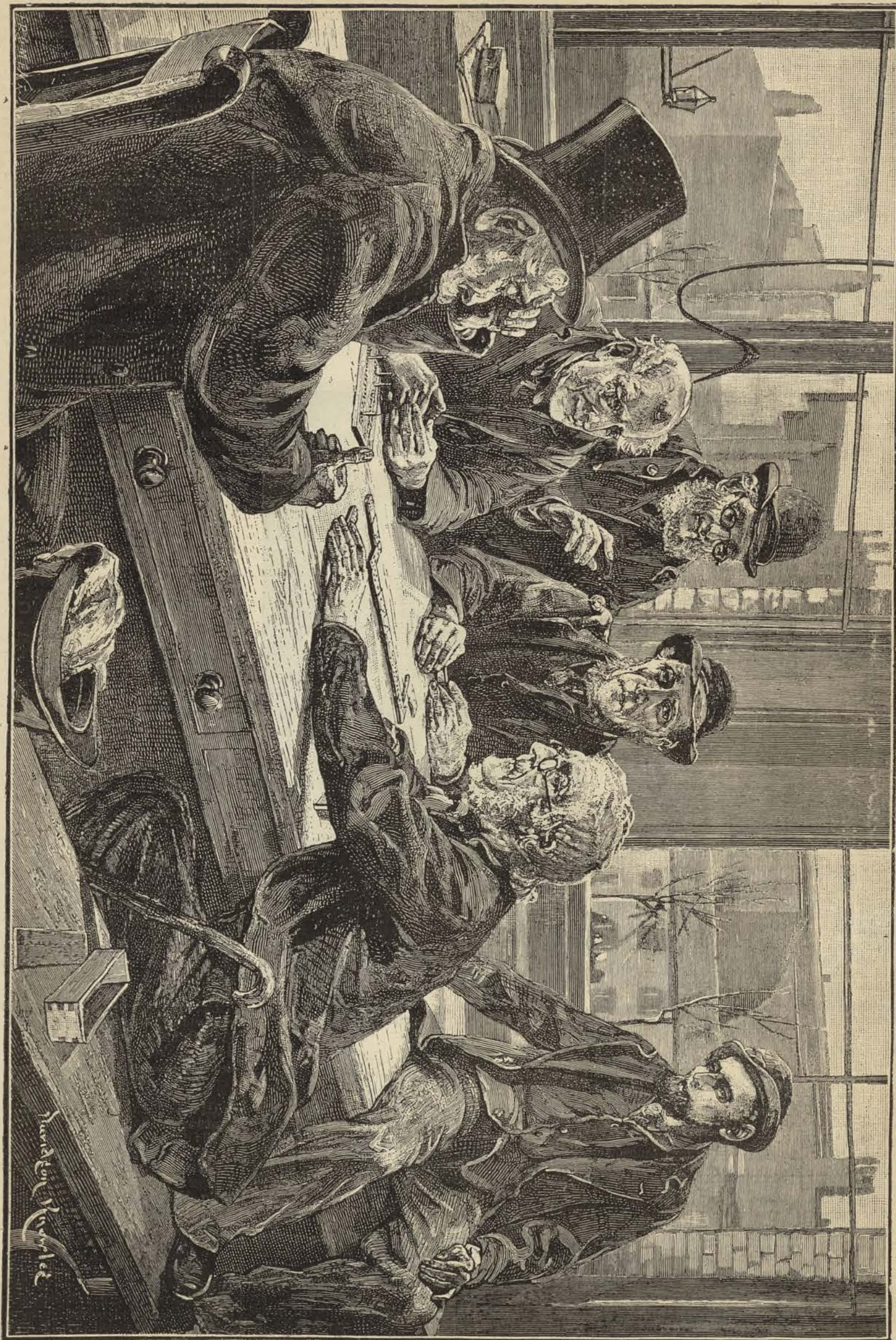
En el Observatorio de Montsouris acaba de estudiarse un microbio frecuente en las aguas y sobre el suelo, que prospera á una temperatura de 70° grados, es decir, á un grado de calor en que las células animales se extinguen en algunos segundos, en que la albúmina del huevo ó el sérum de la sangre se coagulan rápidamente. Se ha dado á ese microbio el nombre de *Bacillus thermophilus*.

EDITOR PROPIETARIO, F. NACENTE.

REDACCION, ADMINISTRACION Y DIRECCION: Calle del Bruch, 89 y 91 donde deberán dirigirse todos los avisos y pedidos de suscripciones.

Quedan reservados los derechos de propiedad literaria y artistica.

Establecimiento tipo-litográfico editorial de F. Nacente.



JUGANDO AL DOMINO, POR KUNSLER.